

Suplemento especial:  
Jornadas Interdisciplinarias

# ¿Qué hacer con E. P. Thompson?

27 y 28 de junio de 2013  
Universidad Nacional de Quilmes

## Edward Palmer Thompson y su *Formación de la clase obrera en Inglaterra*: una lectura posible

**Mirta Zaida Lobato**

*Universidad de Buenos Aires*

**Q**ué hacer con Edward Palmer Thompson a cincuenta años de la *Formación de la clase obrera en Inglaterra* es la pregunta que orienta esta reunión. El enigma es inquietante y no tengo respuestas. Por eso trataré de invertir el interrogante y preguntar (me) sobre qué hizo este libro con quienes teníamos algún interés por el mundo del trabajo y pensar en los contextos institucionales y disciplinares específicos que dieron marco a su circulación. Como un modo de encontrar algunas respuestas voy a escribir en clave personal internándome en los caminos de la vida estudiantil y de mi formación como historiadora. Es una manera también de hablar sobre la historiografía de los trabajadores en la Argentina.

También quiero enfatizar que intentaré hablar de Thompson pensando que sus investigaciones y sus lecturas nos hablan de conocimientos situados históricamente y en estrecha relación con el funcionamiento de las instituciones. Un saber situado crea puentes entre comunidades intelectuales diferentes. Se puede afirmar que las ideas que viajan no sólo atraviesan territorios, son traducidas, se mezclan con lecturas locales y se transforman adquiriendo rasgos propios.<sup>1</sup> Por otra

---

<sup>1</sup> Me apropio aquí del concepto de saberes situados de Femenías, María Luisa: *Feminismos de París a la Plata*, Buenos Aires Catálogos, 2006, pp. 97-125 y Femenías, María Luisa y Soza Rosi, Paula (compiladoras): *Saberes situados/Teorías trashumantes*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2011, pp. 13, 15 y 16.

parte, la realización de estas Jornadas en los marcos de la universidad pública y con tantas personas insertas en las instituciones de educación superior y de investigación, que estudian los problemas vinculados con el mundo del trabajo, puede leerse sintomáticamente como el resultado de las transformaciones que se originaron en la postdictadura. Continuidad institucional, ampliación de los recursos de investigación, mayor circulación de investigadores y de su producción entre diferentes países, cambios en las tecnologías que facilitan la circulación de saberes son los rasgos distintivos.

Sin embargo, no era la misma situación cuando yo estaba iniciando mis estudios en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Tampoco la historiografía local sobre trabajadores mostraba su fuerza en el campo académico. Los estudios sobre trabajadores en la Argentina se desarrollaron en las instituciones universitarias recién hacia la década de 1960. Como se ha recordado más de una vez la primera tesis sobre trabajadores fue escrita por José Panettieri en 1965 en la Universidad Nacional de la Plata. Los trabajadores y la inmigración se unieron en ese trabajo pionero que hoy nos parece demasiado lejano. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires no hay tesis doctorales sobre esta temática en los registros que he consultado hasta la presentación en 1999 *de La vida en las fábricas*.<sup>2</sup> Esto no quiere decir que la producción sobre trabajadores no haya sido importante pero se realizaba en otros ámbitos de producción de saberes.

Thompson no era conocido en la Argentina en los tempranos setentas cuando ingresé a la Universidad de Buenos Aires. El ambiente universitario no era muy incitante en el plano intelectual e historiográfico en ese momento y las pasiones políticas se desparramaban en sus aulas y pasillos. No se estimulaba demasiado el diálogo entre las disciplinas y no eran muchos los profesores, ni en historia argentina, ni en los cursos de historia “universal”, cuyas características eran su eurocentrismo y academicismo —como decíamos en ese momento—, ni en los de historia americana, que discutieran o promovieran el estudio de temas profundamente relacionados con la historia social o con la historia laboral.

Se puede afirmar que entre 1971 y 1975 la Universidad de Buenos Aires fue una caja de reso-

---

2 He realizado una somera revisión de los títulos en los libros de actas.

nancia de los propios dilemas de la sociedad y ni siquiera la llegada al gobierno universitario de una de las corrientes radicalizadas del peronismo se convirtió en motor de transformación. En rigor de verdad, el arribo de esa oleada “juvenil” al gobierno universitario tampoco fue muy estimulante. Con los cambios en los planes de estudio, el ingreso de algunos profesores como Jorge Abelardo Ramos o Fermín Chávez, notorias figuras del revisionismo histórico, y la incorporación de algunos cursos como por ejemplo “Historia de las luchas populares”, que tenía carácter obligatorio para todos los estudiantes, tampoco la historia social laboral tuvo un espacio relevante. En todo caso se trabajaba con la palabra *pueblo* sin considerar el carácter polisémico que tiene y, tal vez por eso, el pueblo era aquel que había apoyado a los caudillos federales del siglo XIX o el pueblo era el que se suponía había entrado a la historia a través de su encuentro con Juan Domingo Perón. Esto era lo más cercano a temas vinculados con la historia social. Solamente en una materia, “Historia social latinoamericana”, los profesores a cargo, Rodolfo Puiggrós y León Pomer, plantearon de un modo más complejo, siempre de acuerdo con los parámetros de la época, los problemas del conocimiento histórico del mundo laboral, aunque de manera acotada. La política universitaria como los tópicos de las materias tenían que estar subordinados a la política nacional ya que, como sostenía Rodolfo Puiggrós

La universidad tiene que ser una parte decisiva y fundamental de las pautas y de la orientación del gobierno nacional y por lo tanto de todos los argentinos. ... Mi punto de vista es que a través de la universidad (y en general de todos los niveles de la educación, tanto estatales como privados) se imponga obligatoriamente la doctrina nacional.<sup>3</sup>

Un clima de época que no pretendo discutir en este texto pero que constituye un síntoma de las formas de pensar y producir conocimiento histórico en Argentina y que es diferente, en muchos sentidos, al camino seguido en otros países latinoamericanos.<sup>4</sup>

La lectura sistemática de temas relacionados con el mundo del trabajo, en particular de los textos que habían dado origen a la historiografía militante, se dio por fuera de la Universidad, en grupos de estudios que no tenían un carácter institucional/oficial. Los integrantes de esos grupos de lectura variaban en número, intereses y experiencias. Los libros que se leían habían sido escri-

---

3 Puiggrós, Rodolfo: “La Universidad del pueblo, *Crisis*, Buenos Aires, 1974, pp. 29-35.

4 Como ejemplo de la experiencia en Brasil véase Müller, Ricardo Gaspar y Duarte, Adriano Luiz (Orgs.): *E. P. Thompson. Política e paixão*, Chapecó, Argos, 2012.

tos por dirigentes sindicales y, a través de los debates que planteaban, de los temas que recortaban y del modo en que los analizaban, eran reconocibles los posicionamientos ideológicos y políticos de cada uno de ellos.

De ese conjunto de historias sindicales militantes destaco el libro escrito por Jorge Solomonoff, *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*.<sup>5</sup> Publicado en 1971 sobre la base de una investigación realizada con el patrocinio del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales mencionaba, por primera vez para mí, a *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Allí leí que

un adecuado punto de partida (para el sentido con que Solomonoff pensaba utilizar el término de clase) lo suministra la sintética definición de *clases sociales* propuesta por Thompson, la que contiene algunos de los elementos más significativos del concepto, tal como se deduce de las obras de Marx

Y citaba la definición de clase de Thompson:

la clase es un fenómeno histórico que ocurre cuando algunos de los hombres, como resultado de experiencias comunes, sienten y articulan la identidad de sus intereses entre sí y contra hombres cuyos intereses son distintos a los suyos.<sup>6</sup>

E insistía en la idea de que las clases resultan del conjunto de las relaciones sociales presentes en cada sociedad histórica. La cita era de *La Formación*, pero no de manera directa, sino a partir de un artículo de Reinhard Bendix, el sociólogo alemán que trabajó durante muchos años en los Estados Unidos, y que había sido publicado en 1966 por la Revista Latinoamericana de Sociología bajo el título “El análisis comparativo del cambio histórico”.

Desde mi punto de vista, los datos son reveladores de las formas del viaje de ideas, de la importancia de la traducción, de las lecturas de segunda mano y de la cita de la cita que muestra tanto la avidez intelectual como los particulares modos de leer en determinados momentos históricos. Para Solomonoff no había contradicciones entre el concepto de clase utilizado por Marx y el de Thompson, como luego fue señalado por una extensa literatura. Insisto, en unas prácticas sociológicas influidas en parte por las ideas de Gino Germani y la teoría de la modernización, Solomonoff venía a enfatizar que las ideas de Marx y las de Thompson no eran opuestas.

---

5 Este autor aparece en algunas historias de la sociología como militante anarquista. Su libro *Estructura social de la Argentina. La cuestión obrera* fue escrito con la intención de polemizar con el texto, hoy clásico y canónico, de Gino Germani *Política y sociedad en una época de transición* (1965).

6 Jorge Solomonoff: *Ideologías del movimiento obrero*, Buenos Aires, Proyección, 1971, p. 17.

Además, en los cursos de lectura con León Pomer descubrí también a Reinhart Koselleck quien me ayudó a pensar las capas de historicidad existentes en todo proceso del pasado y, sobre todo, instaló en mí una preocupación sobre el “potencial semántico y pragmático” de algunos conceptos entre los que incluyo los de clase, comunidad y derechos, todos ellos relacionados con la configuración de un marco de in-justicia frente a la explotación y la opresión de clase.

En tanto, la Universidad de Buenos Aires fue intervenida por el gobierno de Isabel Perón en 1975, luego se produjo el golpe militar de 1976, algunos abandonamos las aulas universitarias y miles de personas fueron detenidas, torturadas, secuestradas, desaparecidas. En la universidad en las sombras, en los grupos de estudio extrauniversitarios dirigidos por Leandro Gutiérrez,<sup>7</sup> se produjo un nuevo acercamiento a la producción de los historiadores marxistas británicos: Thompson y Eric Hobsbawm principalmente, más tarde Raphael Samuel. Las mujeres, Sheila Rowbotham, Dorothy Thompson, Sally Alexander, Catherine Hall, Ann Davin y Carolyn Steedman, vinieron muchos años más tarde y algunas de ellas ni siquiera aún hoy están traducidas al español. Las personas que integraban esos grupos tenían intereses diversos, por eso podíamos leer desde la teoría de la renta de la tierra hasta las condiciones de vida de los trabajadores, pasando por los debates sobre el uso de la historia oral como una forma diferente de hacer historia.

En ese nuevo contexto, *La Formación...* estuvo entre las principales lecturas y, durante algún tiempo, nos concentramos en la controversia sobre el nivel de vida durante la revolución industrial en Inglaterra pues estábamos interesados en re-pensar las propias características del proceso de formación del capitalismo argentino. La idea fuerte sobre la inexistencia de una simple correlación entre nivel de vida, tal como aparecía en los datos estadísticos, y la calidad de vida, tal como era percibida por los trabajadores, permitía cuestionar las curvas favorables de la tendencia del salario, un argumento que estaba presente en la literatura sobre Argentina para el período 1880-1914.<sup>8</sup>

Lo que luego se pensó como el sesgo culturalista de Thompson se afirmaba en una discusión

---

7 Leandro Gutiérrez (1935-1992) fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Fue miembro fundador del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA). Dirigió mi trabajo para la tesis doctoral hasta su muerte.

8 Tiempo después Leandro Gutiérrez, coordinador e impulsor de los grupos de lectura, publicó "Condiciones de vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", en *Revista de Indias*, Nos. 163/4.

sobre la fiabilidad y representación de unos criterios estadísticos que no favorecían el reconocimiento de la intensificación de la explotación. Era atractivo para mí (nosotros) pensar en ese momento que la “explotación” era tan “objetiva” como “subjetiva”. Cuando la historia social fue erosionada por los debates feministas, por ejemplo, la subjetividad adquirió mayor densidad problemática.

La controversia sobre el nivel de vida durante la Revolución Industrial británica, a partir de los escritos de Thompson y de Hobsbawm, abría un arco de problemas sobre la vivienda, las alteraciones en el consumo, el espacio urbano, la sociabilidad, e incluso sobre las dificultades para generalizar ya que las experiencias de los trabajadores agrícolas eran bien diferentes a las de los asalariados urbanos y las de una ciudad podían ser escasamente representativas de otras ciudades o regiones. Diversidad regional y heterogeneidad de experiencias eran los elementos clave que los desacuerdos sobre conceptos, datos y periodizaciones ponían en la mesa de discusión.

Las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias eran una puerta de entrada diferente al mundo laboral y, en el caso argentino, se asociaban también al proceso de urbanización y al estudio del fenómeno inmigratorio. Las lecturas en grupos pequeños en los tiempos oscuros de la última dictadura militar prepararon el camino para que, ya en la post dictadura, el provincianismo intelectual se abriera no sólo a lo que se producía en Inglaterra o Francia sino también a las investigaciones de otros países latinoamericanos. Diálogos cruzados e ideas que hacían escala, relecturas que se mixturaban formaban parte del “tortuoso camino de regreso” (a la investigación, a la docencia, al aprendizaje) que el fin de los gobiernos militares favorecía.

El tercer momento que reconozco en ese proceso de formación como historiadora del mundo del trabajo bajo la lectura de algunos textos escritos por Thompson fue cuando se produjo el fin de la dictadura militar y la vida democrática, que con todos sus vaivenes posteriores, engendró un cambio importante en la vida de algunos de nosotros. Aunque la materia Historia Social General en la Facultad de Filosofía y Letras<sup>9</sup> introdujo en su programa de estudios a Rodney Hilton y sus trabajos sobre el campesinado, a Christopher Hill y la revolución inglesa, a Eric Hobsbawm y los te-

---

9 Historia Social General era una cátedra en la que trabajaban numerosas personas. Luis Alberto Romero era su profesor titular y la integraron en distintos momentos Susana Bianchi, Lilia Ana Bertoni, María Ester Rapalo y Juan Suriano entre otros.

mas relacionados con la historia obrera y el desarrollo del capitalismo y a E. P. Thompson con la *Formación...* y sus estudios sobre el siglo XVIII yo ya no era estudiante así que no pude beneficiarme de esas lecturas, aunque sí lo hicieron una enorme cantidad de jóvenes que pasaron por esos cursos.<sup>10</sup> Yo transitaba las aulas universitarias ahora como profesora en el escalón más bajo de la carrera docente y fue recién en 1985 cuando inicié mis investigaciones sobre los trabajadores de la carne en los frigoríficos Swift y Armour de Berisso.

Fue mi interés por el estudio de esa comunidad obrera lo que hizo volver mis pasos sobre algunos de los autores que he mencionado y particularmente sobre Thompson. Fue mi incomodidad intelectual y la memoria de mi experiencia como estudiante la que me hizo (nos hizo, pues fue una experiencia compartida con Juan Suriano) introducir Thompson en los cursos que comenzamos a dictar en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Mar del Plata.

Sin embargo, la presencia de Thompson en la historiografía argentina sobre trabajadores (mujeres y varones), sobre cultura e identidad de clase, sobre los temas relacionados con las tensiones sociales en el siglo XX, es más problemática que lo que esta presentación puede sugerir, pues Thompson levantó varias y acaloradas controversias cuando algunos historiadores tensionaron el uso del concepto de clase para pensar la cultura de los “sectores populares” con el claro objetivo de cuestionar el concepto de cultura popular que circulaba en nuestro país.<sup>11</sup>

Thompson, Antonio Gramsci, Richard Hoggart y Raymond Williams fueron las invocaciones intelectuales con las que este grupo buscaba romper con las visiones dicotómicas de la cultura popular y plantear la heterogeneidad cultural basada en concepciones del mundo vinculadas con el

---

10 Un estudiante de esa época escribió que “Había sonado la hora de la izquierda en la Universidad y los que todavía podíamos presenciar el triste espectáculo de los ‘profesores del proceso’, no teníamos motivos para no festejar”. Exigía además, a partir de una crítica al texto de Ema Cibotti sobre “la generación ausente” publicado en *Entrepasados*, que se tomara partido “por un conjunto de ideales que representen la promesa de un mundo diferente” y la definición como socialista y marxista. También expresaba que “Tengo muy en claro que decirlo es más fácil que hacerlo y que no podría colocar mi propio trabajo como ejemplo”. Es que la práctica historiográfica, más allá de las propias definiciones y entusiasmos partidarios, se alimenta no sólo de ideas si no con documentos y el desarrollo de investigaciones extensas y profundas. Sartelli, Eduardo: “Tres expresiones de una crisis y una tesis olvidada, Historia”, en *Razón y Revolución*, No 1, otoño de 1995, reedición electrónica. La revista *Entrepasados* fue una experiencia basada en el pluralismo historiográfico y político. Tradujo y publicó artículos de Thompson, Eley, Samuel, Parry, Zemon Davis, entre otros. Además de artículos y notas de historiadores jóvenes y consagrados.

11 Véase el documento del PEHESA en *Punto de Vista*, Año VI, No 18, 1983. En ese momento integraban el PEHESA (Programa de Historia Económica y Social Argentina) Ricardo González, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero e Hilda Sabato.

trabajo, la familia, el barrio, las diferentes ocupaciones, las diferencias sexuales, generacionales y étnicas. Algunos de los participantes del grupo se centraron en el estudio de la cultura barrial porteña y el mundo del trabajo perdió fuerza como foco de indagación.

No era la primera vez que el marxismo era puesto en discusión o se apelaba a él para cuestionar las bases del poder de los grupos dominantes. La relectura de los marxismos tiene varias historias que necesitan ser contadas y no puedo incluir en un texto tan breve como este. En América Latina hay varios ejemplos de quienes propugnaban un “marxismo abierto”, lo que implicaba estar atento a las peculiaridades locales. Una de las figuras más estudiadas es la del peruano José Carlos Mariátegui.<sup>12</sup> Estos debates continúan con más o menos intensidad hasta el presente.

La discusión de la década de 1980 en el ámbito intelectual porteño reactualizaba la idea de los límites del marxismo en el contexto de la discusión más amplia del marxismo occidental pero, al mismo tiempo, anclaba en el específico momento de la post dictadura en Argentina, donde muchas personas compartían las esperanzas en la recuperación de la vida democrática en el país y en las universidades.

Lo que yo quiero destacar con este relato es que la lectura de Thompson bifurcaba los senderos para estudiar el mundo del trabajo, ayudaba a romper con las fronteras de las disciplinas, generaba nuevas sensibilidades para interrogar una diversidad de experiencias y de materiales y “colocaba potentes bombas de relojería bajo el marxismo”<sup>13</sup> con su concepto de clase y la importancia que daba a los significados que los propios actores incorporaban a la acción. La lectura de Thompson impulsaba también otras lecturas, de autores desconocidos en los ámbitos universitarios porteños, algunos de ellos eran parte de la “familia thompsoniana” y otros asumían posturas críticas. Todos podían ser leídos como partes de una estructura de pensar que buscaba decodificar los gestos, las prácticas y las manifestaciones culturales de los trabajadores.

Los modos de analizar el mundo laboral se bifurcaban por varios senderos en un movimiento que involucraba a historiografías de diferentes latitudes. Sin embargo los sesgos de las lecturas estaban (están) situados por los intereses que emanaban de las peculiaridades locales. Pero tam-

---

12 Véase José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1979.

13 La expresión es de Santos Juliá, “Disidente, pero nunca renegado”, *El País*, 7 de septiembre de 1993.



bién por la fortaleza o la debilidad de las instituciones académicas o el acceso a recursos económicos por parte de los investigadores. Al fin y al cabo, los y las historiadoras somos trabajadores y la vida de las instituciones académicas, las condiciones de trabajo, los salarios, los recursos de investigación, en suma, la política académica, se cruza permanentemente con nuestras propias decisiones personales. En ese cruce uno va armando su biblioteca. En la mía, un estante importante está ocupado por los libros de Thompson y otros muchos por la de los historiadores del trabajo de diferentes partes del mundo.

En la Argentina postdictatorial los interrogantes de investigación se organizaron alrededor de los problemas de las democracias y de las prácticas políticas ciudadanas. Miles de desaparecidos y asesinados por la violencia de Estado y una reflexión crítica sobre nuestras propias responsabilidades como sociedad en la legitimación de la violencia política llevaron a una sistemática revisión de las nociones de representación y legitimidad democrática. Casi fue un mandato revisar las rutas del liberalismo, del republicanismo y del comunitarismo en la configuración de los Estados nacionales, sobre todo en el siglo XIX. En esa historiografía los trabajadores tienen un lugar marginal, aunque no tengo dudas de que la extensa literatura sobre los asalariados, sus condiciones de vida y de trabajo, sus formas de acción colectiva y sus organizaciones han abordado de diferente modo las prácticas políticas obreras.

En los años ochentas las limitaciones de una historia del trabajo identificada con los “héroes proletarios” fue erosionada también por el debate abierto, cierto que desde mucho tiempo antes, por las feministas. En Argentina, Francia, Brasil, India, Uruguay y en numerosos otros lugares algunos historiadores del trabajo repetían que no se podía escribir una historia *con* mujeres. Esa historiografía del trabajo que se designa como tradicional ponía de relieve la dicotomía existente entre una mayoría de mujeres, víctimas y sometidas, cuando no indiferentes, y una minoría de mujeres rebeldes, de dirigentes políticas y gremiales. “Héroes” y heroínas” proletarias, un modo de hacer historia que, por otra parte, copiaba la construcción de santos laicos que se entronizaban como héroes de los estados nacionales.

A la sensibilidad aportada por Thompson sobre los trabajadores olvidados se sumaban los cuestionamientos de algunas mujeres que estudiaban o dialogaban con él. Sheila Rowbotham fue

una de las primeras en ser leídas. Sus escritos sobre el feminismo radical en el movimiento socialista ayudaban a recuperar las genealogías feministas locales en numerosos países. Las lecturas de las historiadoras se hicieron más frecuentes. El horizonte se ampliaba con Michelle Perrot, Arlette Farge, Mary Nash, Joan Scott y Louise Tilly, quienes se sumaban a las inglesas. Antropólogas, filósofas, economistas e historiadoras feministas cuestionaron una y otra vez las ideas sobre trabajo, salarios, organizaciones y derechos que subsumían la experiencia de las mujeres trabajadoras en la de sus compañeros varones.

De modo que todos estos movimientos en los que se mixturaban las lecturas de textos nacionales como extranjeros se realizaron en ese contexto en el que *La Formación...* comenzó a ser citada una y otra vez por la mayoría de los y las historiadoras del mundo del trabajo. Y también cuando comenzaban a producirse intensos debates sobre el tipo de formación que debían darse en las universidades, sobre las características de las instituciones de investigación, sobre los requisitos y las publicaciones, sobre las políticas de traducción.

Las historiadoras nos movíamos entre “la clase”, el “género”, la “identidad”, la “conciencia”, la “raza”, la “etnicidad”. Pero el uso de esas palabras tiene múltiples implicancias. Para algunas de nosotras, Thompson nos impulsaba a pensar el concepto de clase como categoría analítica y como un concepto que podía ser contextualizado y criticado por lo que incluye y omite, implicaba un reconocimiento de que las fronteras de las clases son inestables, de que la experiencia es desigual y que era posible transitar diferentes caminos para darle un sentido a esa idea de que la clase es algo que está sucediendo y no un cristalizado punto de partida. La clase estaba presente en su propia formación, era el resultado de múltiples experiencias y de confrontaciones diversas, estaba integrada por los jornaleros rurales, por los migrantes internos, por los asalariados fabriles, por los artesanos, por los y las trabajadoras domésticas. El uso del plural “clases trabajadoras” era más apropiado que el singular “clase trabajadora”. Lo mismo sucedió con la categoría género. Ni su re-apropiación ni su contenido es inmutable y muchos han sido los debates que involucraron a estudiosas de diferentes disciplinas, desde la antropología hasta la filosofía, pasando por la economía, la historia, el arte y la geografía. Ni la historia de las mujeres ni los estudios de género se basan en las mismas premisas iniciales. Como han sostenido dos filósofas argentinas esa diversidad terminológica refleja de algún modo las ambigüedades existentes en los movimientos de mujeres

y/o feministas de cuyo seno surgieron muchos de los impulsos que cuestionaron categorías analíticas y modos de pensar. Pero esa indeterminación no implica inconsistencias, sino que cubre una diversidad de prácticas históricas, culturales y lingüísticas, ya que se produce a partir de múltiples y diversos puntos de vista.<sup>14</sup>

Pero los ritmos en el viaje de las ideas y las reapropiaciones son más rápidos que el desarrollo de las investigaciones. Al principio todo dependía de quien trajera el texto en lengua original y lo socializara. Luego dependía también de las políticas editoriales y de traducción. En la investigación, becas y subsidios eran escasos aunque estaban ampliándose. Por eso, al menos en Buenos Aires, los debates se producían inicialmente sin una base empírica sólida. Las dificultades y el entusiasmo se hicieron evidentes con la conformación del *Grupo de trabajo sobre sectores populares y movimiento obrero* en marzo de 1988. Investigadores de diversas instituciones académicas y de distintas disciplinas se reunían para debatir problemas teóricos y metodológicos referidos a la historia de los trabajadores y de los sectores populares. Una fórmula de transacción entre quienes estaban abiertos a las lecturas críticas sobre el marxismo y los marxistas tradicionales. Las reuniones fueron estimulantes durante un tiempo pero estériles cuando algunos, que se veían a sí mismos como “los verdaderos marxistas”, como los dueños de la verdad y los guardianes de la “historia verdadera y científica”, entraban al debate como si fuera un campo de batalla donde había que derrotar a los enemigos de la clase y del marxismo. En parte se perdían de vista los núcleos del debate y muchas veces se confundían los contendientes.

Aunque *La Formación* tiene una visión centrada en los sujetos sociales masculinos, incorpora una mirada sexuada en el análisis de las estrategias de lucha, de las costumbres y hasta de las tradiciones de las clases populares. El conocido y excesivamente citado párrafo en el que Thompson dice “Trato de rescatar el pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al ‘obsoleto’ tejedor manual, al artesano ‘utópico’, e incluso al iluso seguidor de Joana Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad”<sup>15</sup> despejó el camino para analizar las prácticas y experiencias de los sujetos sociales que estaban subsumidos en los agentes colectivos, pero también fue un disparador importante de

14 Roulet, Margarita, y María Isabel Santa Cruz: “Los estudios feministas: algunas cuestiones teóricas”, *Mora, Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, No 6, 2000.

15 E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, p XVII.

otras lecturas relacionadas con la difícil relación entre feminismos y marxismos como ya he señalado, y en particular todo el debate sobre el uso de la categoría “género” para el análisis histórico. En este punto, aunque estos estudios se alejen de la perspectiva thompsoniana, en muchos sentidos pudieron pensarse a partir de la incomodidad producida por sus investigaciones que no suponían a priori auto-confirmadores del proceso histórico de la formación de clases. Me atrevo a afirmar que su mirada sobre la prensa y la literatura permitió pensar los pasajes de ideas, cuestionamientos y figuras y también el lugar del texto de Mary Wollstonecraft, de los poemas de William Blake o las ideas radicales de Thomas Spence. En suma era posible re-preguntar sobre el lugar de las mujeres en los distritos textiles, en el radicalismo de la primera mitad del siglo XIX y sobre la economía doméstica y campesina centrada en el hogar, aunque resultaran en esta dirección más estimulantes la producción de las historiadoras marxistas británicas.

No sólo eso, la noción de *comunidad* impulsó también otros interrogantes sobre la relación entre la fábrica, el taller, el lugar de trabajo y su entorno, pues a partir de sus ideas se podía pensar un espacio donde, y cito a Thompson, “las presiones tendientes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica por una parte, y la escuela dominical, por otra, a todos los aspectos de la vida: el ocio, las relaciones personales, la forma de hablar, los modales”.<sup>16</sup> Se abría la discusión de las dimensiones morales en un sentido amplio en tanto incluye el incumplimiento de deberes y la sedición política que, desde la perspectiva de Thompson, eran vistas también como una característica de clase. Su idea de comunidad abrió además la posibilidad de romper con la tentación de explicar diferentes dimensiones (fiestas, diversiones, prácticas de la vida social) como un acto de sustitución de valores rurales por los urbanos. Campo y ciudad se mezclaban.

Pero también Thompson nos advierte sobre nuestra implicación en las valoraciones de esos procesos históricos. “A medida que vemos como ellos cambian, estamos viendo cómo nosotros hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad. Entendemos con mayor claridad lo que se perdió, lo que fue empujado a la ‘clandestinidad’, lo que todavía queda por resolver”, escribía.<sup>17</sup>

---

16 Ibid., p. 448.

17 Ibid., p. 494.

Mi lectura de *La Formación...* está inserta en esta dinámica de ideas que viajan, de recepciones, traducciones, instituciones, procesos políticos, institucionales y disciplinares. Cada generación, grupo o individuo formula sus propios interrogantes aguijoneado por las situaciones intelectuales y políticas que vive. La lectura de Thompson fue estimulante en muchos países y la Argentina no fue una excepción. Algunas fuimos seducidas por su modo de hacer historia, otros fueron atraídos por su pasión y radicalismo político y, seguramente para ambos, lo cautivante fue la inquietud intelectual que provocaban sus trabajos. En ese devenir Thompson podrá ser exhumado, criticado y desechado pero todavía hay algo de la obra que sigue vigente y son sus impulsos para la creatividad dentro de la disciplina y la incomodidad frente a la falta de cuestionamientos.